

WENDY HIGGINS



Dulce  
Mal



DESTINO

WENDY HIGGINS



# DULCE MAL

A decorative flourish consisting of a wide, shallow, upward-curving arc. Below the arc, a trail of small, dark dots follows the curve, creating a shimmering effect.

## CAPÍTULO I



# MENTIRAS Y LUJURIA

**T**iré de la falda hacia abajo y traté de no toquetear también las tiras del top mientras nos poníamos en la fila para el show. Sentía los hombros y los brazos desnudos. La ropa me la había elegido la hermana mayor de Jay como regalo adelantado por mi cumpleaños de dieciséis. Y Jay nos consiguió entradas para ver a unas cuantas bandas locales, incluyendo su última banda preferida, Lascivia. Ya el nombre les jugaba en contra, pero me obligué a sonreír por el bien de Jay.

Después de todo, él era mi mejor amigo. Mi único amigo.

La gente en la escuela asumía que algo pasaba entre Jay y yo, pero estaban equivocados. Él no me gustaba de esa manera, y no había dudas de que yo no le gustaba de esa manera tampoco. Conocía sus emociones.

Podía *verlas*, literalmente. Y sentirlas si me lo permitía a mí misma.

Ahora Jay estaba en su elemento, tamborileando con los dedos contra sus caderas. Irradiaba tal emoción que podía ver alrededor de su cuerpo una tonalidad de un amarillo-naranja enceguecedor.

Me permití empaparme de su buen humor. Pasó una mano sobre su grueso pelo rubio, que llevaba muy corto, y luego pellizcó la zona cuadrada de vello bajo su labio inferior. Era bajo y fornido para ser un chico, pero aún así bastante más alto que yo.

Una canción ruidosa de ritmo machacante sonó en el bolsillo de Jay. Él me lanzó una sonrisa tonta y empezó a mover su cabeza adelante y atrás, siguiendo la música. Oh, no... no el baile loco del trasero.

—Por favor no lo hagas —rogué.

Jay siguió bailando a lo loco con el ringtone, los hombros rebotando y las caderas moviéndose de un lado al otro. Las personas a nuestro alrededor se alejaron, sorprendidas, luego empezaron a reírse y a animarlo. Me apreté los labios con los dedos para esconder una sonrisa de vergüenza. Justo cuando el ringtone estaba por terminar, hizo una pequeña reverencia, se enderezó y contestó la llamada.

—¿Hola? —dijo—. Hombre, todavía estamos en la fila; ¿dónde estás? —Ah, debía de ser Gregory—. ¿Trajiste nuestros CD? De acuerdo. Genial. Te veo allí.

Se metió el teléfono en el bolsillo.

Froté mis brazos desnudos. Había sido un hermoso día de primavera en Atlanta, pero la temperatura del aire cayó cuando el sol desapareció detrás de los altos edificios. Vivíamos una hora al norte, en un pequeño pueblo llamado Cartersville. Era extraño estar en la ciudad, especialmente de noche. Las luces de la calle volvieron a la vida sobre nosotros, y la multitud se volvió más ruidosa con la llegada del crepúsculo.

—No mires ahora —Jay se inclinó para susurrar—, pero el tipo a las tres en punto te está observando.

Inmediatamente miré y Jay gruñó. Fue muy gracioso, el chico de verdad me estaba mirando. Aunque con los ojos inyectados en sangre. Inclinó la cabeza hacia mí y tuve que deshacer una risita ridículamente femenina cuando me di vuelta para darle la espalda. Me entretuve jugando con un mechón de mi pelo rubio oscuro.

—Deberías hablarle —dijo Jay.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Él está... drogado —susurré.

—No sabes eso.

Pero lo sabía. Los colores de las emociones de alguien se difuminan cuando sus cuerpos están bajo los efectos de alguna sustancia. Los de ese chico estaban como mínimo borrosos.

Ver las emociones como colores era una extensión de mi habilidad para percibir los sentimientos de los otros, sus auras. Había tenido ese don desde niña. El espectro de colores era complicado, como lo eran las emociones, y distintos tonos de un color significaban cosas diferentes. Para simplificarlo, digamos que las emociones positivas siempre eran de colores, variando de brillante a pastel. Las emociones negativas eran de distintos tonos de negro, con unas cuantas excepciones. La envidia era verde. El orgullo era púrpura. Y la lujuria era roja. Esa era de las populares.

Los colores me hipnotizaban, la manera en que se movían y cambiaban, a veces muy lento, otras en rápida sucesión. Trataba de no leer a las personas constantemente ni mirarlas fijo, me parecía una especie de invasión a la privacidad. Nadie sabía lo que podía hacer, ni siquiera Jay o mi madre adoptiva, Patti.

La fila para entrar al club se movió lentamente. Me ajusté la falda otra vez y bajé la mirada para evaluar cuán decente era el largo. «Está bien, Anna». Al menos mi piernas tenían un poco de músculo estos días, en lugar de parecer un par de escarbadientes. Aunque me catalogaron con apodos como «Twiggy» y «Palillos» mientras crecía, no me obsesioné con mi figura, o con la falta de ella. Los corpiños con relleno eran un invento útil, y estaba satisfecha con las dos pequeñas hendiduras a los costados que tenía en lugar de cintura. Correr se había convertido en mi nuevo pasatiempo hacía cinco semanas, después de que haber leído que mi cuerpo es el «templo de mi alma».

Templo saludable: listo.

Cuando nos movimos unos pasos más, Jay se frotó las palmas.

—Ya sabes —dijo—, probablemente podría conseguirnos unas bebidas cuando estemos dentro.

—Nada de bebidas —contesté inmediatamente, con mi corazón acelerando su paso.

—Está bien, ya lo sé. «No al alcohol, no a las drogas. No a todo».

—Me imité, revoleando los ojos, y luego me codeó para mostrarme que simplemente estaba bromeando, como si pudiera ser malo de algún modo. Pero sabía que yo tenía un rechazo fuera de lo común a esas cosas. Incluso ahora, su comentario sobre drogas y alcohol me causó una reacción incómoda y casi física; se sintió como un empujón, un tirón urgente y codicioso. Respiré profundamente para calmarme.

Finalmente logramos llegar hasta el principio de la fila, donde el joven portero me puso una pulsera de menor de edad y me dirigió una mirada apreciativa, con sus ojos recorriendo mi pelo largo hasta la cintura antes de levantar la cuerda de terciopelo. Me apresuré a cruzarla con Jay pisándome los talones.

—De verdad, Anna, no dejes que me ponga en el camino de todos esos chicos esta noche. —Jay rio detrás de mí, levantando su voz mientras entrábamos en el salón ya lleno, la música rebotando. Sabía que debía haberme recogido el pelo antes de venir, pero la hermana de Jay, Jana, había insistido en que lo dejara suelto. Coloqué mi pelo sobre el hombro y lo envolví como una cuerda con el dedo, mirando alrededor, buscando ente la apretada multitud y haciendo una ligera mueca ante el ruido y los estallidos de emoción.

—Ellos solo creen que les gusto porque no me conocen —dije. Jay sacudió la cabeza.

—Odio cuando dices cosas como esa.

—¿Como qué? ¿Qué soy *especialmente especial*?

Estaba tratando de hacer una broma, aplicando un término que los sureños usamos afectuosamente para decirles a las personas que

«no estaban bien», pero la ira estalló gris del pecho de Jay, sorprendiéndome, y luego se desvaneció.

—No hables de ti de esa manera. Solo eres... tímida.

Era rara y ambos lo sabíamos. Pero no me gustaba hacerlo enojar, y era ridículo tener una conversación gritando a todo pulmón.

Jay sacó su teléfono del bolsillo y miró la pantalla que vibraba en su mano. Sonrió y me lo entregó. Patti.

—¿Hola? —Metí un dedo en mi otra oreja para poder escuchar.

—Solo quería comprobar que hubieras llegado a salvo, cariño. Vaya, ¡de verdad hay mucho ruido allí!

—¡Sí, así es! —Tuve que gritar—. Todo está bien. Estaré en casa a las once.

Era la primera vez que iba a algo como esto. Jay le había rogado él mismo a Patti que me diera permiso, y por algún milagro logró que ella aceptara. Pero Patti no estaba feliz con eso. Todo el día había estado nerviosa como un gato en el veterinario.

—Quédate al lado de Jay, y si algún extraño trata de hablarte...

—Lo sé, Patti. No te preocupes, ¿de acuerdo? Nadie está tratando de hablarme. —Era difícil tranquilizarla en medio de los gritos y los empujones.

El DJ estaba anunciando que Lascivia estaría en el escenario a las cinco.

—Me tengo que ir —le dije—. La banda está a punto de salir. Estaré bien. ¡Lo prometo!

—Muy bien, cariño. ¿Quizá puedas llamarme de camino a casa? —No era una sugerencia.

—De acuerdo. ¡Te quiero, adiós! —Colgué antes de que empezara a hablar de movimientos de autodefensa o alguna otra locura similar. Casi no logro salir de nuestro departamento esa noche por culpa de su lista de advertencias. Una parte de mí creía que ella podría ser lo suficientemente paranoica como para seguirnos al club.

—Vamos. —Agarré la mano de Jay y lo arrastré hacia la mul-

titud. Era una mezcla ecléctica, todo desde punks hasta góticos y chicos ricos. Logré hacer todo el camino hasta una esquina del escenario, molestando a un par de personas con mis ligeros empujones, pero tuve cuidado de disculparme. Creía que le debía un asiento en primera fila a Jay después de haberlo disgustado.

El escenario de madera estaba maltratado, como todo el resto de las superficies del edificio. El club era pequeño y cuadrado, pero los techos eran altos. Una multitud apiñada adentro que violaba todas las leyes contra incendios de Georgia se sumaba a la atmósfera.

Nos apretujamos justo cuando el DJ le dijo a todo el mundo que «saludara» a Lascivia. La banda fue recibida con gritos salvajes, y reconocí la primera canción como una de las que Jay tocaba para nosotros algunas veces de camino a la escuela. A pesar de mi tendencia habitual a ser ultrarreservada, me encontré atrapada en la música, saltando de arriba abajo y cantando a todo pulmón. Jay estaba allí conmigo, haciendo lo mismo. No podía creerlo. Esto era divertido. Salté con la multitud, dejándome atrapar por la euforia que me rodeaba.

—Caramba —gritó Jay en mi dirección cuando la primera canción terminó—. ¡Son geniales!

La segunda canción comenzó y era lenta. Me calmé un poco y miré a la banda. El cantante rezumaba orgullo. Su aura púrpura oscuro casi ahogaba su camiseta ajustada y sus jeans apretados. Su cabello estaba peinado en puntas endurecidas inclinadas hacia un costado. Sostuvo el micrófono como si fuera una amante. El ritmo se aceleró en un frenesí de golpes de tambor mientras llegaban al estribillo, atrayendo mis ojos a la batería mientras la multitud salvaje empezaba a saltar de nuevo.

Noté muchas cosas del baterista a la vez. Estaba concentrado en su tarea, llevando un ritmo perfecto. En vez de un remolino de

colores transparentes alrededor de su torso, había una pequeña y concentrada explosión de rojo brillante en su esternón. Pero de cualquier forma su aura estaba en blanco. Hum. Eso era raro. Pero antes de que pudiera contemplar demasiado, mis ojos aterrizaron en su rostro.

Wow.

Estaba bueno en serio. Como B-U-E-E-N-O de bueno. Nunca había entendido hasta ese momento por qué las chicas insistían en agregar una «e» de más. Este chico se merecía una «e» de más.

Examiné al baterista, decidida a encontrarle un defecto.

Pelo castaño. Un corte de cabello interesante: corto alrededor de los lados y atrás, pero largo en lo alto, colgando desordenadamente y ladeado sobre la frente. Tenía los ojos rasgados y sus cejas eran un poco espesas y... Oh, ¿a quién trataba de engañar? Podría analizar cada uno de sus rasgos, pero hasta el aspecto sagaz de sus ojos lo hacía más atractivo para mí.

Había una intensidad en la forma que tocaba, como si estuviera desatando su pasión con la música y nada más importara. Estaba sintiéndola, perdido en ella, y era bueno. Una ligera capa de sudor brillaba en sus brazos y rostro, humedeciendo y oscureciendo su pelo en las sienes.

Nunca antes había sentido semejante atracción física instantánea. El poder de la sensación era apabullante. Me daba cuenta cuando los chicos tenían lindos rasgos, seguro, pero normalmente me distraían sus emociones.

Ahora, con la falta de aura del baterista, era capaz de mirar cómo los músculos de sus bíceps y antebrazos se flexionaban al golpear los palillos en un torbellino de movimientos precisos. El ritmo era intoxicante, golpeando cada terminación nerviosa dentro de mí. Todo su cuerpo se movía fluidamente, saltando con la fuerza del ritmo, su rostro concentrado y seguro.

Miré otra vez el color rojo en su pecho. Era algo que nunca había visto antes. Dudé de que se sintiera lujurioso en ese momento,

concentrado como estaba en la música. Era raro. La canción llegó a su fin con un último choque de los platillos, entonces hizo girar los palillos entre sus dedos antes de meterlos bajo su brazo. Jay estaba festejando, junto con el resto de la multitud. Me quedé parada ahí en estado de absoluto asombro.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Jay.

—Sí, definitivamente —dije, aún mirando al baterista mientras se corría los mechones de pelo que le cubrían los ojos y miraba hacia abajo, a dos chicas que le gritaban desde la otra esquina del escenario. Les hizo la media sonrisa más linda y despreocupada que hubiera visto en mi vida. Mi corazón chisporroteó. Las chicas gritaron y saltaron de arriba abajo, sus megaescotes amenazando con salirse de sus camisetas de corte bajo. La luz de color rojo del pecho del baterista se amplió un poco más, y sentí una sensación desagradable, como un gruñido desgarrador en mis entrañas; otra sensación nueva. Quería que dejara de mirarlas.

¡Celos! ¡Santo cielo!

—No es justo, hombre —dijo Jay, siguiendo mi mirada—. Algunos chicos tienen toda la suerte.

—¿Qué? —Finalmente rompí mi trance para mirar a Jay.

—Ese chico, ¿el baterista? Escucha esto. Es un músico asesino, consigue toneladas de chicas, su papá está cargado de dinero y, como si eso no fuera suficiente, ¡tiene un maldito acento inglés!

Tuve que sonreír ante la mezcla de envidia y admiración de Jay.

—¿Cómo se llama? —grité mientras comenzaba la tercera canción.

—Kaidan Rowe. Oh, y esa es otra cosa. ¡Un nombre genial! Bastardo.

—¿Cómo se deletrea? —pregunté. Sonaba como Kai-den. Jay lo deletreó para mí.

—Es A-I, como comida tai-landesa —explicó.

Kai, como comida tailandesa, solo que más delicioso. ¡Bah! ¿Quién era esta chica que estaba invadiendo mi cerebro?

El nombre Kaidan Rowe me sonaba familiar. Nunca lo había visto antes, pero había oído de él.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté, señalando hacia la banda con la cabeza.

—Están en el último año —gritó Jay en mi oído. Estaba impresionada. Solo eran unos años mayores que nosotros y tenían un talento superior. De acuerdo con Jay, estos chicos eran el próximo gran éxito. Habían grabado un disco modesto que iba a venderse en las tiendas de Los Ángeles y habían hecho un tour regional este verano. Jay era todo un fanático.

Una riña bastante grave estalló detrás de nosotros. Giré y vi la redonda cara de Gregory coronada por su mata de pelo castaño rizado y con una camisa hawaiana demasiado grande que avanzaba empujando entre la multitud. Era el cómplice musical de Jay. Habían escrito algunas canciones juntos y eran bastante adictos a la música. El problema era que ninguno de los dos podía cantar.

Para nada.

—¡Ya era hora, G! —Jay y Gregory hicieron esa cosa de los hombres de apretarse las manos y golpearse el pecho en el pequeño espacio que había, luego Gregory y yo nos saludamos el uno al otro con un gesto. Estaba sorprendida y un poco asqueada de ver un aleteo de rojo a través de su aura al mirar mis piernas, pero pasó rápidamente y volvió su atención a Jay.

—Hombre, no vas a creer esto —dijo Gregory con su fuerte acento de Georgia—. Justo estaba hablando con Doug; ya sabes, uno de los porteros, y ¡puede llevarnos al *backstage*!

Mi corazón bailoteó involuntariamente en todo mi interior.

—¡No puede ser! —dijo Jay—. ¿Dónde están los CD?

Gregory le tendió dos CD de sus composiciones y letras. Eran buenas canciones, pero me avergoncé ante la idea de que se las die-

ran a Lascivia. La banda probablemente recibía ese tipo de cosas de sus fans todo el tiempo. No me gustaba pensar en el arduo trabajo de Jay y Gregory arrojado a un costado como si fueran dos pretenciosos desesperados. Pero los dos estaban envueltos en tales auras amarillas felices que no pude hacer otra cosa que darles mi apoyo.

Mientras la canción que estaban tocando terminaba, miré a Kaidan detener los platillos con sus dedos, luego colocarlos palillos bajo su brazo y quitarse el pelo húmedo de los ojos otra vez. Cuando se inclinó hacia abajo para recoger una botella de agua, nuestros ojos se encontraron. Mi respiración se quedó justo donde estaba en mis pulmones, y las ruidosas voces a mi alrededor se volvieron estático ruido blanco. La estela de lujuria del baterista palpitó por un glorioso momento, entonces su frente se arrugó y frunció el entrecejo. Sus ojos buscaron todo a mi alrededor antes de volver a mi rostro. Rompió el contacto visual y tomó un trago de su agua, arrojándola de nuevo al piso justo a tiempo para la siguiente canción.

El breve encuentro me dejó nerviosa.

—Voy al baño —le dije a Jay, girando para irme sin esperar respuesta. Me di cuenta de que la multitud se abría más fácilmente cuando uno se movía lejos del escenario.

El aire en el baño de las chicas estaba estancado con olor a orina y vómito. Solo uno de los tres inodoros no estaba tapado, pero eso no parecía impedir que las chicas los usaran de cualquier modo. Decidí que podía aguantarme. Volví a aplicar mi brillo labial mirándome al espejo y estaba a punto de irme cuando escuché a dos chicas que se habían apretujado en uno de los pequeños compartimientos.

—*Quiero* a Kaidan Rowe.

—Lo sé, ¿no? Deberías tirarle tu número. Yo quiero a Michael, sin embargo. Puede hacerme lo que le hace a ese micrófono. —Se escurrieron fuera del compartimiento, riendo, y me di cuenta por sus pechos voluptuosos que eran las chicas que habían estado en frente del escenario. Las auras de las dos estaban borrosas.

Ajusté las hebillas en mi cabello. La hermana de Jay, Jana, había enrollado mi cabellera de finos mechones en un desorden bien organizado, que estaba arruinando con éxito. La había dejado pasar un poco de maquillaje por mi rostro, pero se enloqueció cuando le pedí que cubriera la molesta peca al final de mi labio superior. «¿E estás loca? ¡Nunca cubriría tu marca de belleza!» ¿Por qué la gente la llamaba así? Una peca no era algo hermoso. Era una cosa pequeña y oscura que llamaba la atención. Odiaba la forma en que los ojos de todos iban hacia allí cuando me hablaban.

Coloqué la última pinza en su lugar y me corrí para que las chicas pudieran lavarse las manos. Compartieron el grifo y se quejaron por la falta de jabón, luego se dedicaron a acicalarse. Yo las miré, tan a gusto juntas, y me pregunté cómo sería tener una amiga. Estaba a punto de irme cuando algo en su conversación me detuvo.

—El barman dijo que el papá de Kaidan es uno de los peces gordos de PP en Nueva York. —Mi estómago dio un vuelco. PP era para Publicaciones Pristine: una corporación a nivel mundial, muy popular, que incluía revistas pornográficas, videos, y yo solo podía imaginar qué más.

—No puede ser —dijo su amiga.

—Sí. ¡Deberíamos tratar de entrar al *backstage*! —se emocionó tanto que de alguna manera perdió el equilibrio, pisando mi pie y agarrándose de mi hombro. Extendí la mano para sostenerla.

—Oh, lo siento —dijo, apoyándose en mí.

Cuando pareció haber recobrado el equilibrio, me alejé de ella.

De la nada había surgido una idea oscura dentro de mí, una necesidad de abrir la boca y decir algo que yo sabía que no era ni verdad ni era agradable.

—He oído que ese tipo Kaidan tiene gonorrea.

Y allí estaba, fuera de mi boca. Mi corazón latía con fuerza. Sabía que la mayoría de la gente miente en algún nivel, a veces a diario. Pero por alguna razón, yo nunca había sido propensa a las

mentiras pequeñas. No le decía a la gente que estaba «bien» si yo no lo estaba. Nunca nadie me había preguntado si algo hacía que sus traseros se vieran grandes, así que supongo que nunca había sido puesta a prueba realmente. Todo lo que sabía, hasta ese momento, era que nunca había engañado deliberadamente a nadie. La mirada de asombro en sus rostros reflejó la conmoción que yo misma sentí.

—Puaj. ¿Hablas en serio? —preguntó la chica que había declarado que lo quería. Yo no pude responder.

—Bueno, eso es asqueroso —dijo la otra chica.

Hubo una pausa incómoda. Yo no sabía en realidad qué era la gonorrea, excepto que se trataba de una enfermedad de transmisión sexual. ¿Qué demonios me pasaba? Me estremecí cuando la chica de Kaidan se acercó y tocó mi pelo.

—Oye, oh mi Dios. Tienes el pelo más suave del mundo. Es como miel. —Sus colores emocionales eran tan confusos por el alcohol que no pude conseguir una buena lectura, pero se sentía como si fuera sincera. La culpa agrió mi estómago.

—Gracias —dije, sintiéndome terrible. No podía dejar que esa horrible mentira se quedara así.

—Eh, no oí eso de Kaidan de verdad. —Ambas me miraron con confusión, y tragué, obligándome a continuar—: Él no tiene gonorrea. Quiero decir, no que yo sepa.

—¿Por qué dijiste eso? —La amiga estaba más sobria y me estaba mirando con merecido desprecio. La chica borracha todavía parecía confundida. Pensé en arreglarlo fingiendo que había hecho una broma, pero eso también sería una mentira y ¿quién bromea acerca de las enfermedades de transmisión sexual de todos modos?

—No lo sé —dije en voz baja—. Yo solo... Lo siento. —Retrocedí y salí de allí lo más rápido que pude. Fue bueno, también, porque la última canción de Lascivia estaba terminando y todas las chicas se tambaleaban ahora hacia el baño. Era momento de que cambiaran las bandas. Me retorcí las manos y mordí mi labio inferior,

buscando a Jay mientras la multitud se apresuraba a mi alrededor. Quería irme a casa.

—¡Anna! —me saludó Jay, y yo tuve que perseguirlo a través de la multitud hacia la puerta, donde estaba parado un hombre gigantesco de entrecejo fruncido y brazos cruzados sobre el pecho, en la clásica pose del gorila de discoteca.

¡Acabo de mentir! Era todo lo que podía pensar. Horribles sentimientos se deslizaban alrededor de la boca de mi estómago.

Gregory le tendió una tarjeta plastificada, el portero la leyó y luego abrió la puerta.

Agarré el brazo de Jay.

—Espera, Jay, tal vez yo debería quedarme aquí. —Él se volvió hacia mí.

—De ninguna manera. Patti me mataría si te dejo. Todo está bien. Vamos. —Me empujó por la puerta.

Fuimos caminando con los miembros del equipo, que estaban transportando a toda prisa los equipos del escenario. Música y voces estridentes se derramaban de una habitación al final del pasillo.

—¿Realmente vamos a hacer esto? —le pregunté. ¿Y mi voz realmente estaba tan aguda y temblorosa? Necesitaba gritar.

—Relájate, Anna. Está bien. Quédate tranquila —dijo Jay.

Una pared de humo de cigarrillo y vapores de alcohol nos golpeó mientras entrábamos en la habitación caldeada. Puse las manos en mis caderas y traté de ser disimulada mientras revisaba si había marcas de sudor en la parte superior de mi top. Cuando vi que se habían formado dos pequeñas manchas de transpiración regresé mis brazos a los costados.

Relájate, había dicho Jay. Como si eso pudiera pasar.

Solo tomó unos segundos el repasar la habitación para encontrarlo, de pie en una esquina del fondo con tres bellezas de piernas largas que estaban obviamente al tanto de la última moda. Un lazo de aura color rojo se tejía alrededor y entre ellos. Una de las chi-

cas sacó un cigarrillo de un paquete. Como un mago, Kaidan hizo aparecer una caja de fósforos y con un rápido movimiento la abrió y encendió uno con un pulgar. ¿Cómo hizo eso?

Jay le dio un tirón a mi mano, pero me aparté.

—No, ustedes chicos vayan adelante. Yo los esperaré aquí. —Quería estar cerca de la puerta. Mi estómago no estaba bien.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. Estaré aquí mismo. Buena suerte, o rómpete una pierna, o algo así.

Mientras Jay y Gregory se volvían y se dirigían hacia la multitud, mis ojos traidores regresaron a la esquina y se encontraron con otro par de ojos que les devolvieron una oscura mirada.

Bajé la vista durante tres segundos enteros y luego levanté otra vez los ojos, vacilante. El baterista continuaba mirándome, ajeno a las tres chicas que trataban de recuperar su atención. Levantó un dedo hacia las chicas y dijo algo que pareció un «discúlpenme».

Oh, Dios mío. ¿Estaba él...? Oh, no. Sí, estaba caminando hacia mí.

Mis nervios dispararon un alerta máximo. Miré a mi alrededor, pero no había nadie más cerca. Cuando volví la vista al frente, allí estaba él, parado justo delante de mí. Mi Dios, él era *sexy*, una palabra que no había existido en mi vocabulario personal hasta ese momento. Este tipo era *sexy* como si fuera su trabajo o algo así. Los chicos de diecisiete años no se suponía que tenían tan buen cuerpo.

Me miró fijamente a los ojos, lo que hizo que bajara la guardia, porque nunca nadie me había mirado a los ojos de ese modo. Tal vez Patti y Jay, pero no sostenían la mirada como él lo estaba haciendo ahora. Él no apartó la vista y me di cuenta de que yo no podía dejar de contemplar esos ojos azules.

—¿Quién eres tú? —preguntó de manera cortante, casi como si me enfrentara.

Parpadeé. Fue el saludo más extraño que jamás había recibido.

—Yo soy... ¿Anna?

—Correcto. Anna. Qué bonito. —Traté de centrarme en sus palabras y no en su voz lujuriosamente acentuada, que hacía que todo sonara precioso. Se inclinó más cerca—. Pero ¿quién eres tú?

¿Qué significaba eso? ¿Tenía que tener algún tipo de título o posición social para entrar ante su presencia?

—¿Acabo de llegar con mi amigo Jay? —Oh, odiaba cuando me ponía nerviosa y comenzaba a hablar con preguntas. Señalé vagamente en la dirección hacia donde habían ido los chicos, pero él no me sacaba los ojos de encima. Comencé a divagar—. Acaban de escribir algunas canciones. Jay y Gregory. Que querían que tú oyeras. Tu banda, quiero decir. Son realmente... ¿buenos?

Sus ojos recorrían todo mi cuerpo, deteniéndose para evaluar mi triste, escaso pecho. Me crucé de brazos. Cuando su mirada se posó en esa estúpida peca encima de mi labio, me golpeó el olor de naranjas, limas y algo terroso, como el suelo del bosque. Era agradable de una manera masculina.

—Uh-hum. —Él estaba más cerca de mi rostro ahora, gruñendo con esa voz profunda, pero mirándome otra vez a los ojos—. Muy bonita. ¿Y dónde está tu ángel?

¿Mi qué? ¿Era una especie de jerga británica para referirse al novio? Yo no sabía cómo responderle sin seguir sonando patética. Él levantó sus cejas oscuras, esperando.

—Si te refieres a Jay, él está allí hablándole a un hombre de traje. Pero él no es mi novio o mi ángel o lo que sea.

Mi cara se enrojeció con el calor y apreté mis brazos sobre el pecho. Yo nunca había conocido a alguien con un acento como el suyo y me daba vergüenza el efecto que tenía en mí. Él se mostraba obviamente grosero, y sin embargo yo quería que siguiera hablándome. No tenía ningún sentido.

Su postura se suavizó y dio un paso hacia atrás, luciendo confuso, aunque todavía no podía leer sus emociones. ¿Por qué no mostraba

ningún color? No parecía borracho o drogado. Y esa cosa roja... ¿Qué era eso? Era difícil no mirarla fijo.

Finalmente miró a Jay, que estaba profundamente metido en la conversación con el hombre con aspecto de mánager.

—No es tu novio, ¿eh? —Me sonreía con satisfacción ahora. Aparté la mirada, negándome a responder.

—¿Estás segura de que a él no le gustas? —preguntó Kaidan. Lo miré de nuevo. Su sonrisa era ahora una sonrisa pícara.

—Sí —le aseguré con confianza—. Lo estoy.

—¿Cómo lo sabes?

No podía decirle en realidad que la única vez que el color de Jay había mostrado una leve atracción por mí fue cuando accidentalmente le mostré más de lo debido un día en que estaba sacándome mi buzo y mi camiseta se subió demasiado alto. E incluso en ese momento solo duró unos segundos antes de que nos sintiéramos avergonzados.

—Solo lo sé, ¿está bien?

Él levantó las manos parodiando una rendición y dejó escapar una risa fácil.

—Lo lamento muchísimo, Anna. He olvidado mis modales. Pensé que eras... alguien más. —Extendió su mano—. Soy Kaidan Rowe.

Desenrosqué un brazo de alrededor de mi torso para tomar su mano. Cada centímetro de mi piel se volvió piel de gallina, y mi cara de pronto ardía de calor. Me alegré de que la iluminación fuera tenue. Yo no era una de esas personas que al ruborizarse tenían las mejillas rosadas; cuando me sonrojaba se me ponía toda la cara, y mi cuello se manchaba. No era algo lindo. La avalancha de sangre siempre me mareaba. Debía haber retirado mi mano para ese momento, pero él continuó sosteniéndola, y su gran palma y los dedos largos se sentían tan bien.

Se rio entre dientes profundamente y dejó que su mano se des-

lizara lejos de la mía hasta que ya no estábamos tocándonos. Se dio cuenta cómo mis brazos se cruzaban sobre mi pecho de nuevo, y luego levantó la barbilla y olfateó el aire.

—Ah, huele bien. No hay nada como las salchichas calientes norteamericanos. Creo que conseguiré uno más tarde.

Bien. Casual. Yo también olfateé.

—Yo no huelo nada —le dije.

—¿En serio? Inclínate un poco hacia la puerta. Respira algo... *más profundo*.

Hice como me dijo que hiciera. Nada. Decidida, hice algo que era raro para mí: estiré mi sentido del olfato más lejos.

No había olor a salchichas en todo el club. Solamente alcohol rancio y agua caliente con lavandina para los de la limpieza. Lo empujé más lejos hacia afuera. Nada en el restaurante de al lado. Más lejos. Mi nariz quemaba y me estaba mareando. Más lejos. Y ahí estaba. Olí la salchicha más cercana que ofrecía un vendedor callejero a un kilómetro y medio de distancia. Mi sentido del olfato regresó rápidamente y lo encontré mirándome con expectación. ¿A qué estaba jugando? Él no podía haber olido eso. ¿Por qué iba a fingir?

Sacudí la cabeza y traté de mantener mi cara neutral.

—Hmm. —Sonrió—. Supongo que estaba equivocado, entonces.

Dios, sus ojos eran maravillosos, el color de las aguas de luna de miel tropicales rodeadas de un anillo de zafiro oscuro y enmarcados por espesas pestañas.

¿Qué...? ¿Aguas de luna de miel? ¡Mantén el control!

Una chica suavemente perfumada se acercó y se paró entre Kaidan y yo, con su espalda ubicada justo frente a mi cara. Tuve que dar un paso atrás.

—Nos estamos sintiendo solitarios por allí. —Sus manos se movieron sobre su pecho y subieron para descansar sobre sus hombros. En cuando lo tocó una estela color rojo saltó de ella, y él llevó su mano para apretarle la cadera huesuda. Me di vuelta, sin escucharlo

susurrar una respuesta en su voz baja, que pareció calmarla. Ella me lanzó una mirada helada antes de dirigirse de nuevo al rincón.

—Quizá te vea por ahí, Anna. Voy a asegurarme de escuchar un poco las canciones de tu novio Jay. —Y con eso se fue.

—Él no es mi... —baldubicié a su espalda mientras se alejaba.

Había estado buscando en el lugar equivocado antes, cuando busqué un defecto en Kaidan. No estaba en su rostro, estaba en su personalidad. La confianza en uno mismo era buena, pero el exceso no lo era. Miré a mi alrededor, sintiéndome estúpida y sola.

Gracias a Dios solo tuve que estar parada sola durante un rato largo antes de que Jay volviera, sintiéndose más que feliz. Dejé que su emoción me inundara.

—¿De qué estaban hablando Kaidan Rowe y tú? —me preguntó Jay—. ¡Hombre, parecía que iban a arrancarse la ropa el uno al otro! —Resoplé y lo golpeé en el brazo, pero no se inmutó.

—No hacíamos eso. —Mis ojos se precipitaron hacia Kaidan por una fracción de segundo, y aunque estaba demasiado lejos como para haber oído, el guiño que me lanzó hizo que volviera a ruborizarme.

—¿Y? —dijo Jay—. ¿Vas a decírmelo o no? ¿Qué es lo que estaba diciéndote?

¿Qué cosa en el mundo podía decirle a Jay que no lo dejaría tan profundamente confundido como yo misma me sentía? Miré a Kaidan de nuevo y lo atrapé mirándome durante un último segundo antes de darnos la espalda.

—Nada, en realidad —lo evadí—. Fue extraño. Te contaré sobre eso más tarde. Tengo que llamar a Patti y decirle que ya estamos en camino, y luego quiero escuchar qué pasó *contigo*. ¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando? ¿Qué te dijo? ¿Supongo que Gregory se queda?

La táctica de distracción me ayudó a salir fácilmente del problema mientras salíamos del club. Jay siempre conducía. Después de que llamé a Patti, él me hizo un análisis de la conversación entera

que tuvo con el mánager de Lascivia. Desglosamos cada palabra para buscarle el sentido más esperanzador y llegamos a la conclusión de que el representante de la banda se había quedado muy impresionado con el talento y la ambición de Jay y Gregory, y que iban a obtener definitivamente el estatus de estrella de rock para fin de año. Habitualmente era divertido soñar en grande con Jay, pero aunque le seguí el juego, esta noche mi mente estaba en otro lado.

Usar mis sentidos extendidos para encontrar ese estúpido olor a salchicha había desordenado mis pensamientos. A kilómetro y medio de mi departamento permití que mis ojos buscaran y, luego, que se detuvieran en una casa oscura y abandonada mientras la pasábamos. Observé las ventanas tapiadas de color negro chamuscado y el techo medio derrumbado devorado por las llamas de hace mucho tiempo. Si me permito recordar, probablemente todavía podría olerlo y saborearlo como una bocanada de ceniza....

*Me desperté a las dos de la mañana una semana antes de mi noveno cumpleaños con el poderoso olor del humo quemando mi nariz. Nuestra casa estaba en llamas. Me tiré al suelo como me habían enseñado y me arrastré a través de la oscuridad al cuarto de Patti, sintiendo que podía hiperventilar.*

*—Despierta —le dije—. ¡Hay humo!*

*Patti saltó de su cama en estado de pánico corrió hacia el pasillo. Y entonces ella solo se quedó allí mientras yo tosía y me atragantaba. Corrió a través de cada habitación e incluso salió para mirar a los complejos cercanos.*

*—No hay fuego en los departamentos, cariño. Debe de haber sido un mal sueño. Sube a la cama conmigo esta noche, yo me ocuparé de ti.*

Había sido un mal sueño, pero no de la manera en que ella creía. Para la familia a un kilómetro y medio de distancia, cuya

casa ardiendo yo podía oler como si fuera la nuestra, había sido una pesadilla en la vida real. Había sido una larga, dolorosa noche para mí, también: la noche en que mis cinco sentidos empezaron a incrementarse.

—Soñando con Kaidan Rowe, ¿eh?

Miré hacia arriba. Estábamos estacionados frente a mi edificio.

—No —murmuré—. Yo *no* estaba pensando en él.

Jay se echó a reír y golpeé una vez más su gran brazo con el dorso de mi mano.

Suspiré, imaginando cómo reaccionaría si le dijera que tenía la nariz de un súper sabueso y ojos como binoculares. A él le parecía perfecto que yo fuera un poco excéntrica, pero no sabía hasta qué punto lo era.

—Gracias por llevarme esta noche —le dije—. Me divertí.

—¿De verdad? ¡Sabía que te gustaría! Así que, ¿te vengo a buscar para ir a la escuela el lunes?

—Sí, te veo entonces.

Salí y me dirigí escaleras arriba, sintiendo resentimiento hacia ese chico Kaidan por hacerme abrir mi memoria a cosas que estaban mejor selladas.